

POEMAS Y PALABRAS de José Pedroni.

Nada más grato que un libro nuevo de un poeta que ha dejado prendidos a nuestro recuerdo algunos versos inolvidables. Por eso abrimos con cierta impaciencia llena de esperanza el nuevo libro de José Pedroni, no obstante decirnos tan poca cosa su título: «Poemas y Palabras».

Pero de entrada, no más, el poeta de «Gracia Plena» nos ha desencantado con una inútil justificación de su largo silencio:

Sobre la mesa me esperaste años,
como una novia burlada.
Déjame que te quiera!
No me digas nada!

En lugar de conformarse con esta sola estrofa acertada, Pedroni agrega tres más, flojas, en las que lo dice todo. Y, naturalmente, mezcla a los lugares comunes de «niña», «novia», «amada», «paloma»: «la política», revelando un concepto estrecho y vulgar, indigno de quien busca precisamente la comunicación con los hombres de la sociedad en que vive.

Esto para no mentar sino de paso la cita de un verso de Vicente Medina.—*Y tengo una cansera!*— que en boca del joven poeta santafesino adquiere un valor inesperadamente humorístico.

Pero es demasiado fuerte en nuestra memoria el recuerdo de algunos hermosos versos de «Gracia Plena» para no hacer crédito a la voz auténtica de José Pedroni.

En efecto, la encontramos al doblar la primera página de la sección inicial del nuevo libro. Es el mismo tono, un tanto bíblico, de «Gracia Plena», pero nos suena ya repetido y menos sobrio. Ninguno de estos «Poemas de la madre» supera la estrofa única del libro anterior y menos aquel verso final de «Maternidad»:

«Y un poco de mis ojos, un poco, casi nada».

Pedroni abusa ahora de las reminiscencias evangélicas y llega a deshumanizar con cierta beatería, la figura cantada en primer término en la constante comparación que hace de ella con Dios y la Virgen, el Ángel y la Cruz.

Valdría la pena detenerse en el análisis de estos poemas en los que aparecen José y María, Marta, Simón y toda la Sagrada Familia; y especialmente en el titulado: «Pájaro loco»; pero nos llevaría demasiado espacio. Más interesante que exhibir el artificio de estas citas remotas y la contradicción entre «Pájaro perdido» y «Pájaro loco», es aportar una observación consecuente de carácter psicológico. Pedroni nos asegura sentir la tierna poesía de la madre a través de estas simples menciones evangélicas, hasta el punto de rechazar la influencia paterna:—«el ardor, el ímpetu y la herida del hombre rudo»— para quedarse únicamente con la lágrima, el beso, la flor y la sonrisa:

«Madre, no me abandones un momento;
y tú, padre tenaz; déjame un poco».

Sin embargo, no es la poesía hecha la que dice algo en este libro, sino la otra. Podríamos probarlo con algunos fragmentos; pero con esto excederíamos los límites de una nota. Basta consignar que las dos mejores composiciones del libro: «Palabras a mi padre y a su digna herramienta» y «Palabras a la mesa», son las mejores del nutrido volumen.

Sambién D. H. Lawrence—el hijo delicado del rudo minero de Nottingham—(para insistir con un gran ejemplo) creía que lo mejor le venía de la madre y sólo al fin de su carrera literaria reconoció su error. El impulso vital que caracteriza sus mejores escritos, era producto de la ruda herencia paterna que había rechazado en un principio.

Nuestro joven poeta no se ha planteado, es claro, tan hondamente el difícil problema como el genial novelista inglés. Ha cambiado ingenuamente el ardor, el ímpetu y la herida de los hombres de su clase por unas cuantas galas retóricas ya gastadas por el uso y abuso que de ellas hicieron los poetas de la generación anterior. Y es una lástima, porque Pedroni lleva en sí un don superior al de la erudición que pueden prestarle los libros divinos o profanos. (Anacreonte, Horacio, César, Lucrecio, Epicuro, Luciano, Homero, son meros nombres que en sus versos no dicen más que los otros que le hemos citado).

El poeta genuino que hay en Pedroni haría bien desliteraturizarse de una vez por todas y fiar más en los poemas que en las palabras. Desgraciadamente, en este libro sobran las últimas y no abundan los primeros. Y es que Pedroni parte, como hicimos notar al comienzo, de un concepto erróneo. Y todo escritor que huye de la vida y principalmente de la organización de la vida humana, cae sin querer en la retórica.

José Pedroni tiene bastante talento como para salvar este escollo que ha malogrado a otros poetas bien dotados en un narcisismo doméstico. Es una triste paradoja insistir en ser un niño cuando se es ya un hombre. No se han portado ciertamente como niños los verdaderos poetas de los tiempos modernos, desde Dante hasta Heine.—ENRIQUE ESPINOZA.



Queguay, el niño indio. (Un cuento para niños. Ilustraciones en madera de Guillermo C. Rodríguez). MONTIEL BALLESTEROS.

A la ya copiosa y aplaudida labor del gran prosista uruguayo hay que sumar este cuento para niños, como él califica, con modestia sin alardes, su obra reciente.

«Queguay» (1) es el poema de un niño que deja su envol-

(1) Lacaño Hnos., editores, Montevideo, 1935.